

## Lecciones con respecto al Juego

---

Ronald Kirk  
18 de Enero, 2002

Hace algún tiempo descubrí que la literatura imaginativa a menudo provee un ejemplo excelente del principio Bíblico relacionado con la vida y la educación en acción. Una historia me hizo consciente de cómo los juegos de la niñez representan un reto interesante para los padres, puesto que, lo que un niño practica es lo que llega a ser.

Una vez, hace bastante tiempo, leí de un grupo de jóvenes muchachos de la era colonial que jugaban a la guerra. Creo que la historia se compuso durante el tiempo de la guerra Franco-India en la Frontera Occidental. Un muchacho comandaba al resto. Ningún muchacho entre los amigos hacía el papel del enemigo. Más bien, los muchachos encontraron su enemigo en un viejo ganso cascarrabias que habitaba en la villa. Ahora, ¡he allí un enemigo cauteloso, obstinado e impredecible! Los muchachos se reunían, se replegaban y atacaban hasta que el ganso buscaba refugio en alguna parte más pacífica. ¡Victoria!

Este escenario aparentemente insignificante causó que este educador Cristiano hiciera una pausa.

Pablo el Apóstol dice que llevemos cautivo todo pensamiento a Cristo. ¿Por qué deberíamos eximir el juego de los niños de este mandamiento? Una vez más, lo que uno practica en pensamiento o hecho se convierte en hábito. Lo que se convierte en hábito llega a ser una segunda naturaleza. Si todas las cosas en la vida debiesen ser para la gloria de Dios, ¿cómo podemos tolerar el juego vil, mezquino o sin sentido?

Primero, ¿Es el juego imaginativo un pasatiempo piadoso? Muchas Escrituras condenan una imaginación vana. Sin embargo, Dios hizo Su pueblo para que fuese creativo, a Su imagen, como lo testifica el hecho de Dios escogiendo por nombre los arquitectos del Tabernáculo (Éxodo 31:3-5). Timothy Dwight, del Seminario Yale, señala que la Biblia enseña su verdad, no primordialmente a través del intelecto y las emociones, sino a través de la imaginación, por medio de figuras y metáforas.

El dominio Cristiano sobre la tierra, tomar los materiales crudos de la vida y trabajar algo de mayor utilidad y valor es algo que requiere una concepción antes que la realidad sea posible. El cultivo de una imaginación piadosa parece algo más bien imperativo que meramente aceptable. La disposición claramente natural de un niño hacia el juego imaginativo es un don piadoso, el cual debiese ser cultivado. Los padres claramente no debiesen sofocar o abandonar el juego imaginativo del niño.

Segundo, ¿Debían estos muchachos haber estado jugando juegos de guerra? Está claro que el Cristiano señala hacia el tiempo cuando no nos “prepararemos más para la guerra” (Isa. 2:4). Mientras tanto, el magistrado (el gobierno civil) ostenta la espada por una buena razón – el bienestar de la comunidad (Rom. 13). Hasta el tiempo señalado los Cristianos deben estar listos para practicar la guerra defensiva. Los hombres debiesen estar completamente

preparados para su responsabilidad Cristiana en una república federal, sabiendo que la república dependen del apoyo común de la ciudadanía. De modo que los hombres jóvenes debiesen aprender los principios y la moralidad de la guerra. Debiesen endurecer y fortalecer sus cuerpos en anticipación a algún posible servicio. He aquí un argumento para la educación física rigurosa y el juego físico riguroso.

Si la guerra es un juego legítimo (reducido al nivel de realismo apropiado para la imaginación impresionable y el nivel de madurez del niño), surgen otras preguntas. ¿Por qué los muchachos no se dividían en grupos de modo que algunos pelearan en un bando y el resto en el otro, como era común en mi niñez? ¿No era más interesante pelear contra un adversario más inteligente, e incluso más tenaz? ¡Claro que sí! En aquella temprana era del bien y el mal a nadie se le ocurría pensar en hacer el papel del chico malo o en matarlo. Nadie deseaba expresar una hostilidad letal en contra de su amigo. (Aparentemente el ganso ya tenía una reputación como chico malo y no era amigo de los niños. Podría ser apropiado añadir que la Escritura también prohíbe la crueldad a los animales. En el caso de esta historia, si los muchachos le causaban molestias al ganso este no resultaba herido.) Jugar el papel de adversario quería decir asumir el bando de un agresor malvado. ¡Tal cosa era impensable!

¿Por qué no es impensable hoy jugar el papel de un chico malo? ¿Podría ser nuestra moralidad relativista? En esta era de antihéroes, los hombres corruptos, aunque capaces quizá de alguna magnanimidad, son, de manera decisiva, criaturas moralmente mixtas en el mejor de los casos. (Tal concepto del antihéroe refleja a los dioses Griegos y Romanos donde, por ejemplo, Mercurio, el dios de los negocios, también era el dios de los ladrones). ¿Podría ser que nuestro aprecio del bien y el mal, de lo correcto y lo incorrecto, se halla tan erosionado que ni siquiera se nos ocurre tal distinción? ¿Qué pasa si un muchacho practica el asesinato o el hurto en su juego ordinario? ¿Desearíamos que nuestros niños, incluso en su recreación, se entretengan con principios confusos de moralidad?

Las muchachas, por cierto, no son inmunes a tales afectos en el juego. Los deseos románticos (léase *no realistas*) de glamour, riqueza, amor o poder pueden crear una disposición habitual de la vida del pensamiento, lo que puede conducir a malas decisiones, cuestionables o peligrosas, en la adolescencia y más allá.

Por otro lado, ¿Por qué no debiésemos los padres y los maestros gobernar el juego y la vida imaginativa de nuestros niños? Nosotros, los padres y maestros Cristianos, poseemos un sagrado depósito en nuestros niños con consecuencias eternas. Reflexionemos sobre las cosas que conciernen a la vida familiar y a las actividades que influyen en el futuro de nuestros niños. La mala compañía corrompe las buenas costumbres en cualquier forma que ésta tome. Que trabajemos para inspeccionar la vana imaginación en nuestros niños. Consideremos lo que constituye un juego apropiado y piadoso.

## Notas

Verna Hall, Historia Cristiana de la Revolución Americana (San Francisco: Fundación para la Educación Cristiana Americana, 1975), p. 225. <http://www.face.net/>